

¿Política Moderna? Aún Parece Clásica

POR LORENZO MEYER

A estas alturas, y a querer que no, el grueso de los lectores de periódico saben ya que el ahora candidato presidencial del Partido Revolucionario Institucional (PRI) es, en principio, un decidido promotor de lo que él y sus partidarios llaman la política moderna. En el discurso que leyó el domingo pasado Carlos Salinas al ser declarado formalmente candidato del PRI, dijo que lo moderno en política no se encuentra en la esencia de ésta sino en los procedimientos, en "la manera de hacer política" que deberá ser nueva. De acuerdo, pero resulta que en el mes y pico en que Carlos Salinas actuó como precandidato, su manera de hacer política tuvo las más de las veces el sello de lo clásico que de lo moderno.

★

EL término clásico no lo uso aquí en su acepción de modelo de excelencia digno de ser imitado, sino en la otra, en la de aquello que perdura, lo tradicional, lo no moderno. De entrada acepto que hay elementos de modernidad en el discurso de Carlos Salinas, de Hermosillo, del 23 del mes pasado, donde —mencionando la soga en la casa del ahorcado— se declaró en contra de la política electoral de ganar a como dé lugar (esa llamada de "carro completo") y que tanto ha gustado a nuestros presidentes revolucionarios y posrevolucionarios, desde Carranza hasta De la Madrid. También hay elementos de modernidad en el discurso del 5 de noviembre ante los petroleros, al mencionar frente al cacique de caciques, Joaquín Hernández Galicia, "La Quina", que: "En México

se acabaron los tiempos de caudillos y caciques". Hasta ahí, las cosas están bien, pero este discurso moderno contrasta notablemente con formas de hacer política que son francamente premodernas. Veamos algunos ejemplos.

No hay un solo criterio

de modernidad política, pero todos los teóricos que en esta época han abordado el asunto señalan que una de las características de la modernidad en política es la participación de la sociedad, del pueblo, en la definición de los temas políticos prioritarios, la selección de los medios para lograr las metas y, desde luego, en la selección de los líderes. Bueno, Carlos Salinas fue designado precandidato único del PRI sin que las bases de ese partido de masas tuvieran nada que ver. Pese a todas las declaraciones del presidente del CEN del PRI en el sentido de que las precandidaturas serían el resultado de una auscultación de las bases, nadie le creyó. La postulación del ex secretario de Programación y Presupuesto fue obra exclusiva de Miguel de la Madrid, y la ignorancia de las bases sobre quién sería su precandidato quedó expuesta a la vista de todos con la comedia de errores que tuvo lugar entre los líderes priistas y algunos de los contingentes de acarreados en las horas anteriores al "destape" del 4 de octubre. El acarreo mismo de "masas entusiastas" que de inmediato organizaron los gobernadores de algunos estados para que sirvieran de marco a la innecesaria "campana de proselitismo" de Carlos Salinas, fue otra muestra de que estábamos frente a un proceso político tradicional del prismo.

★

OTRA prueba del triunfo de lo clásico sobre lo moderno en la "campana de proselitismo" de Carlos Salinas fue la sistemática confusión entre partido y gobierno que entonces tuvo lugar y que amenaza con continuar en la nueva etapa. Cualquier politólogo sabe que uno de los rasgos distintivos de las sociedades no modernas, tradicionales, es la poca diferenciación y especialización de sus estructuras políticas, de tal manera que en ellas la frontera entre lo público y lo privado es difusa o de plano inexistente. En las sociedades modernas, en cambio, los papeles de personas e instituciones están, o deberían estar, claramente diferenciados.

En las sociedades modernas de Occidente, el ejér-

¿Política Moderna?

Sigue de la página siete

cito, por ejemplo, no participa de ninguna manera en actividades partidistas. Su tarea se centra exclusivamente en la defensa de la integridad territorial y de las instituciones gubernamentales. Así pues, en una situación de política moderna, el personal del Estado Mayor Presidencial habilitado de empleado del PRI no tendría por qué darle protección a un candidato presidencial (y menos a un precandidato) de uno de los varios partidos existentes, pero eso fue justamente lo que pasó y sigue pasando con Carlos Salinas desde la mañana del 4 de octubre. En realidad, para un observador, el primer indicio que tuvo de que Carlos Salinas "era el bueno" fue justamente el observar la presencia del Estado Mayor, comandado por el general Corona, en la casa y oficinas de Carlos Salinas. Como dije, en principio no es tarea del ejército proteger a los precandidatos o candidatos de

los partidos, pero si se considera que en México es necesario que así sea, entonces esta protección se debe proporcionar a todos, a Heberto Castillo, a Cuauhtémoc Cárdenas y a todos los demás que vengán en el futuro próximo.

Las visitas la semana pasada de todos los secretarios de Estado, es decir, de los funcionarios más altos del Gobierno Federal, a las oficinas del precandidato del PRI, para darle su apoyo, resultó ser otra muestra de esta confusión premoderna entre lo que debe ser el gobierno y lo que debe ser un partido. ¿Qué tenían que hacer los secretarios y sus mesnadas en las oficinas de un candidato a la presidencia, en horas de trabajo, pagadas con nuestros impuestos, y cuando deberían estar atendiendo los asuntos propios de su cargo? En un sistema con una política realmente moderna, esa actitud tan poco digna de quien debería considerarse en primer lugar un funcionario público al servicio

de todos sus conciudadanos, les hubiera costado a los miembros del gabinete una crítica en el Congreso y en la prensa de tal magnitud, que hubieran perdido sus puestos. Aquí, en cambio, donde dominan las actitudes premodernas, casi nadie se asombró de esta especie de "acarreo de altura", que no fue bien visto por la opinión pública y que sólo sirvió para que quienes en su calidad de funcionarios del gobierno pusieran la dignidad del puesto al servicio de su carrera política personal. Hay otros ejemplos de política premoderna en la actuación del flamante candidato presidencial del PRI, como el de un gobernador que, de hecho, abandona su puesto para dirigir al IEPES, etcétera, pero no es necesario seguir con la enumeración para ilustrar el punto. Como la campaña política apenas se inicia, se puede dar al candidato oficial el beneficio de la duda y suponer que la culpa de la permanencia de las prácticas políticas clásicas se debe a las inercias y no a que el lema del candidato del PRI carezca de contenido. Sin embargo, sólo el tiempo dirá en qué medida la política moderna de Carlos Salinas pudo ganarle terreno a la tradicional.

En conclusión, no hay aún motivos suficientes para negar de plano la viabilidad de un proyecto que, desde el poder, y apoyado en un aparato político premoderno, se propone cambiar la manera como se ha hecho la política por generaciones. Al contrario, conviene aplaudir los buenos propósitos del candidato priista, pero hay que ayudarle señalándole las incongruencias entre su discurso y su acción, pues en la historia del ejercicio del poder del partido que nos ha gobernado en los últimos 58 años las incongruencias han terminado por ser más la norma que la excepción. Queremos, y demandamos, que esa tradición termine.

Finalmente, un deseo. De aquí en adelante Carlos Salinas haría bien en cuidar que el término modernización política no se desgaste, pues podría correr la triste suerte de otros temas de campaña, como la solución somos todos, arriba y adelante, etcétera. Lo mejor sería modernizar mucho y decirlo poco.